

Entrepañños

La aceitera de acero inoxidable centellea al sol toledano que se va colando, furtivo, entre los visillos de la cocina. El salero y el pimentero, *souvenir* de unas remotas vacaciones en el Puerto de Santa María, ponen una nota de color sobre el estante compartiendo espacio con el tarro de la harina, el rollo de papel de aluminio, el libro de las 1.080 recetas de Simone Ortega y un catálogo de vinos de 1994. Completan el cuadro las numerosas libretas de bolsillo que has ido rellenando - con dedicación, con una caligrafía infantil y algo trémula - con recetas culinarias escritas al dictado de las hermanas, o de las cuñadas, recordatorios de consultas médicas, efemérides y algún vale de descuento del supermercado local. Sobre la encimera, unas gafas de ver de cerca, las pastillas para la tensión y el monedero ajado con cierre de hebilla donde deslizo mis clandestinos dedos, de tanto en tanto, para atrapar una moneda de 100 pesetas. Para cigarrillos, aunque tú sueles simular que no te percatas nunca de mis sisas.

Me siento a la mesa, desmelenada, salvaje y descalza, esperando que el perro empuje la puerta de la cocina con el hocico y apoye sus húmedos belfos en mi camisa. Sin embargo, entras tú primero y el animal te va a la zaga, festejándote por toda la cocina, y estás tan elegante vestida de domingo que esos zapatos ortopédicos para ir a misa no te hacen justicia. Tu cocina, que es mi sitio favorito en esta casa por elección, y tu sitio preferido por tradición familiar, se inunda de tus efluvios de jabón de La Toja entremezclados con el aroma de los nísperos y melocotones que me obligaste a recoger ayer con el proverbial argumento de que, igual que puedo sacar unos estudios universitarios, también puedo acarrear espuelas de uva o recoger tomate de secano. El perro celebra, goloso, las

galletas María mojadas en leche que le vas endilgando, su rabo alborozado golpeando peligrosamente el mantel de la mesa.

“Un kilo de solomillo, no lo cortes muy gordo, Anselmo. Después de misa me paso, sí. Aquí la tengo conmigo, sí señor. Eesa misma, la que está estudiando en Alemania. Apártame toda la pieza. ¿Allíííí? Allí no saben comer, hijo. ¿Cómo no va a tener antojo de cosas ricas esta muchacha, todo el día a base de salchichas y patatas?”

Cuelgas el teléfono, bajas las persianas hasta media altura y agarras el bolso de mano donde guardas un lápiz de labios rosado, algún décimo de lotería y unas *perras* para echar al cestillo del cura: “Apágame esas judías verdes, no abras las ventanas que entran las moscas, no dejes que el perro ande por el huerto y nos arme un estropicio... anoche saliste a las fiestas de la Virgen, pero te sentí llegar bien pronto... ¡así estarías tú de tanto avión! Échate ese café que ha sobrado. ¡Y la ceniza en el cenicero, por favor! ¿No bajas después a la plaza? Hoy dan limonada y tostones. No te quedes aquí encerrada, chiquilla, con las ganas que tendrías de venir al pueblo”.

El viejo perro te despide con ladridos demandantes, cada vez más resignados a medida que te alejas y cierras la cancela encarando la cuesta de bajada con pasitos cautos y las gafas caladas en el puente de la nariz. Saboreo con pereza una pasta almendrada descubriendo en la pared una nueva bolsa panera hecha a ganchillo por ti, un arte que gustas practicar cuando ves jugar a tu Atleti por la tele. Salgo de la cocina, cálido rincón de mi memoria donde me aferraba a tu bata para dar mis primeros pasos, donde me disputaba el brazo de gitano con mis primos y donde me dijiste, hace no tanto tiempo, que sentías en el alma que me fuera, pero que el futuro era lo primordial.

Y con mi libro en la mano elijo hoy esa tumbona tuya bajo el emparrado del patio, dispuesta a hacerla mía durante tu ausencia, con esa colchoneta deslucida de estampados años 70. El perro se tumba a mis pies, dormita moviendo las orejas a ratos para contrarrestar el acoso de los moscardones. Este patio se me antoja hoy un lugar cargado de evocaciones familiares de bodas, bautizos, cumpleaños y comuniones. Precisamente el libro que me he traído abre su primera página con una cita de Nelson Mandela (*No hay nada como volver a un sitio que no ha cambiado nada para darte cuenta de cuánto has cambiado tú*). Pero yo, lejos de sentirme alienada o extraña, aquí me siento cobijada, a salvo. La sensación de “lo entrañable” me inunda cuando oigo de lejos, desde el centro social, a la banda municipal afinando clarinetes y trompetas para atacar los pasodobles de mi niñez.

Aparece entre las hojas del libro un billete de avión Madrid-Múnich con fecha de 30 de agosto a modo de improvisado marcapáginas. Lo miro, dudo si romperlo, contemplo la posibilidad de llamar a la compañía aérea para anularlo. Están esos estudios que debo finalizar, es cierto. Y también está Dirk. Recapacito. Hay cuestiones que merecen una oportunidad, así que entierro el billete entre las páginas y me concentro en mi lectura. Un rayito de sol se filtra entre las parras, me acaricia y me adormezco. Me abandono al destino para que él elija por mí.

El café se me ha quedado frío junto al ventanal. Desde la sala de reuniones destinada al personal docente contemplo las bonitas cúpulas de Frauenkirche bajo un cielo plomizo que descarga sus primeros copos de nieve sobre Múnich. Frau Weiss taconeá aproximándose hacia mí y me despierto, algo azorada y confusa, de mis ensoñaciones. Tiene un porte especial hoy, entre autoritario y maternal. Con una mano en mi hombro, me mira directamente a los ojos,

confidente: “La renovación de puestos para el profesorado será el próximo mes de marzo. ¿Solicitará usted plaza para el próximo curso?”

Su voz me ha devuelto a 2015 de golpe.

Cómo explicarle ahora a la directora del instituto que no dejo de soñar con esa cocina, con ese patio, con los rosales, las parras... que esto es algo más que nostalgia gazmoña y lacrimógena por la casa de mi abuela. Cómo explicarle que “mi lugar” (mein Ort, mein Platz, como dicen ellos) lo van a vender, que cualquier desconocido o forastero lo comprará y reformará la finca por completo, si alguien no lo evita a tiempo.

Quizás veinte años no sean nada, pero para mí son más que suficientes para volver la mirada hacia mi lugar de arraigo, a pesar de que hace mucho tiempo que tú nos dejaste. Ahora, antes de que las nieves del tiempo plateen mi sien.

Le informo a Frau Weiss, educadamente, de que mi decisión ya está tomada.

Nuria García

.....